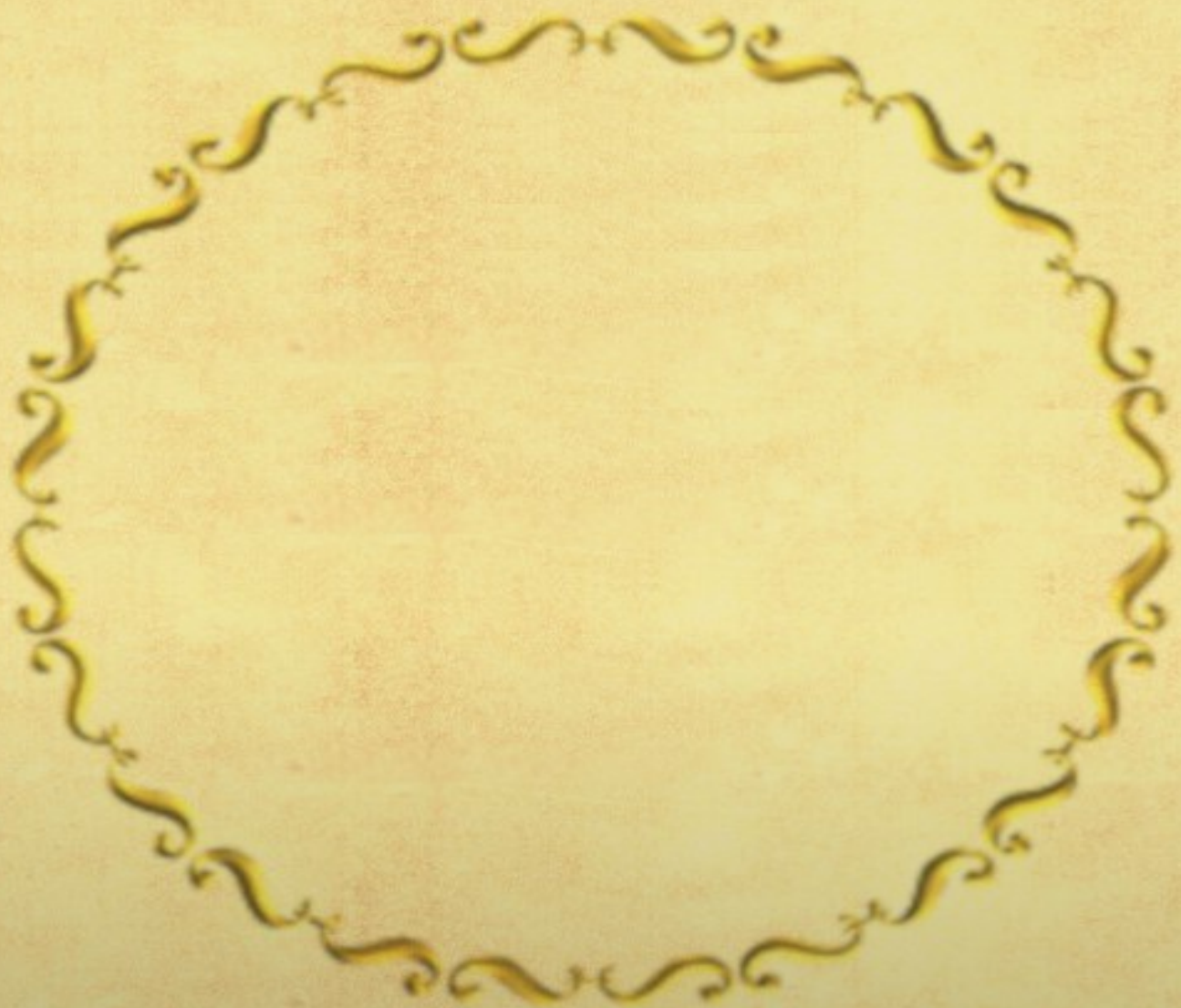




Mark Twain

Disco de la
muerte



**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

Disco de muerte

Mark Twain

I

El texto para esta historia es un incidente conmovedor mencionado por CARLYLE en *Cartas de y Discursos de Oliver Cromwell*.

M. T.

Eran los tiempos de Oliver Cromwell [1. El](#)

coronel Mayfair, a sus treinta años, era el oficial más joven entre las filas del ejército de la Mancomunidad Británica¹. Pese a su juventud, ya era un soldado veterano, y curtido en la

lucha, pues desde la temprana edad de los

diecisiete llevaba enrolado en el ejército; tras batirse en un sinfín de batallas, se había ganado los galones así como la admiración de hombres por el valor demostrado en el campo de batalla.

Pero ahora se enfrentaba ante un grave

problema; una sombra se cernía sobre su

1 Commonwealth

fortuna.

La triste noche de invierno había cerrado.

El coronel y su joven esposa habían agotado en una larga conversación el tema de sus

preocupaciones y esperaban los

acontecimientos. Sabían que esta espera no

sería larga; lo sabían demasiado... y este

pensamiento hacía temblar a la pobre mujer.

Tenían una criatura de siete años, Abigail.

Dentro de breves instantes iba a aparecer para darles las buenas noches y ofrecer su frente cándida al beso de despedida. El coronel dijo a su mujer:

—Enjuga tus lágrimas, querida, y en

atención a ella tratemos de parecer felices.

Olvidemos por un momento la desgracia que

va a herirnos.

—Tienes razón. Aceptemos nuestro

destino; soportémoslo con valor y resignación.

—Chist. Ahí está Abby.

Una preciosa niña de ensortijados

cabellos, vestida con un largo camisón se

deslizó por la puerta y corrió hacia el coronel; se apelonó contra su pecho, y lo besó una vez, dos veces, tres veces.

—Pero ¡papá!... no debes besarme así. Me enredas todo el pelo.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho, mucho! ¿Me perdonas querida?

—Naturalmente papá. ¿Pero te pesa verdaderamente lo que has hecho? ¿Pero te pesa de veras, no en broma?

—Eso lo puedes ver tú misma Abby.

Y se cubrió el rostro con las manos, fingiendo estar llorando. La niña llena de remordimientos al ver que era causante de un pesar tan profundo, rompió a llorar y quiso apartar las manos de su padre, diciendo:

—¡Oh, papá! ¡No llores, no llores así! Yo no he querido hacerte sufrir! no volveré a hacerlo!

Y al separar las manos de su padre, descubrió inmediatamente sus ojos risueños y exclamó:

—¡Oh, papá malo! No llorabas; te estabas burlando de mí. Ahora me voy con mamá.

Y hacía esfuerzos para bajarse de las rodillas del padre; pero éste la estrechaba entre sus brazos.

—No querida; quédate conmigo. He sido

malo, lo reconozco y no lo haré nunca más. Tus lágrimas están secas ahora, y ni uno solo de tus rizos, está deshecho; sólo falta que me digas qué es lo que quiere.

Un instante después la alegría había

reaparecido y brillaba en el rostro de la niña.

Acariciando las mejillas de su padre, Abby

eligió el castigo.

—¡Un cuento! ¡Un cuento!

—¡Chist!

Los padres callaron por un momento, y,

reteniendo la respiración, aplicaron el oído.

Se oía un rumor vago de pasos entre dos ráfagas del vendaval. Las pisadas

aproximándose cada vez más a la casa, pasaron por delante de ésta, y se alejaron. El coronel y su esposa exhalaban un suspiro de alivio y el

padre dijo a la niña:

—¿Un cuento es lo que quieres? ¿Alegre o

triste?

—Papá —dijo Abby—, no hay que

contarme siempre cuentos alegres. La niñera

me ha dicho que no todo son rosas en la vida; que hay también en ella

momentos tristes, muy tristes. ¿Es cierto eso?

La madre suspiró y esa reflexión de su hija

no hizo sino reavivar su pena. El padre

respondió con dulzura:

—Es cierto, hija mía. Pesares nunca faltan;

eso es un fastidio pero es así.

—¡Oh, papá! Entonces, cuéntame un cuento

terrible, uno que nos haga temblar y creer que nos está sucediendo a nosotros mismos.

—Bueno. Había una vez tres coroneles...

—¡Oh, qué bueno! Yo sé muy bien lo que es

un coronel, porque, tú eres un coronel, papá.

— ...y, en una batalla habían cometido un

acto grave de indisciplina. Se les había

mandado que simulasen el ataque de una

fuerte posición del enemigo, pero con la orden terminante de que no se comprometiesen. Ese

ataque no tenía más objeto que distraer al

enemigo, atraerlo hacia otro sitio y facilitar así la retirada de las tropas de la República. Pero, llevados por su entusiasmo, los tres coroneles se excedieron en su misión, porque cambiaron ese simulacro de ataque en un verdadero

asalto; conquistaron la plaza y ganaron el

honor de la jornada y la batalla. El General en Jefe, furioso por esta desobediencia, los felicitó por la hazaña y los mandó después a Londres para que los juzgasen.

—¿Es el Gran General Cromwell, papá?

—Sí.

—¡Oh, papá! Yo lo he visto; y, cuando pasa

por delante de casa, tan grande sobre su caballo tan hermoso a la cabeza de sus soldados, es

tan... tan... no sé cómo decir que es.

—Los coroneles prisioneros llegaron a

Londres; se les dejó en libertad bajo palabra de honor y se les permitió que fuesen a ver a sus

familias por última...

—¿Quién anda ahí afuera?

Los padres aplicaron el oído... Otra vez los pasos, que, como un momento antes, sonaron

delante de la casa y se alejaron. La madre

apoyó su cabeza en el hombro de su marido

para disimular su palidez.

—Llegaron esta mañana.

La niña abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Entonces papá, es un cuento cierto?

—Sí, hija mía.

—¡Oh, qué suerte! Así es mucho más

interesante. Sigue, papá. ¡Cómo mamá! ¿Estás llorando?

—No es nada, hija mía...

—Pero no llores mamá. Ya verás que todo

acabará bien; todos los cuentos acaban siempre bien.—Al principio los llevaron a la Torre, antes de permitirles que fueran a sus casas. En la Torre, el Consejo de Guerra estuvo juzgándolos durante una hora, los declaró culpables y los

condenó a ser fusilados.

—¿Los conoces tú papá?

—Sí, hija mía.

—¡Oh! ¡Cómo querría conocerlos yo

también! A mí me gustan los coroneles. ¿Crees tú que me permitirían que los besara?

La voz del coronel temblaba un poco

cuando respondió:

—Uno de ellos te lo permitiría, con

seguridad, querida mía. Vaya, bésame a mí por él. —Ahí está, papá... y estos otros dos besos son para los otros dos coroneles. Sigue, papá...

—Todo el mundo estaba muy triste, todos

sentían mucha pena en ese consejo de guerra; de modo que fueron a buscar al General en Jefe, aseguraron que habían cumplido con su

"deber", y le pidieron gracia para dos de los coroneles, para que sólo uno de ellos fuese

fusilado. Pero el General en Jefe acogió muy mal esta proposición:

—"Si ustedes han cumplido su deber —les

dijo—; si han obrado de acuerdo con su conciencia, ¿por qué tratan ahora de influir en mi decisión, en menoscabo de mi honor de

General?"

Entonces ellos le respondieron que lo que le proponían lo harían ellos mismos si estuvieran en su lugar y tuvieran, como él, en sus manos, la noble prerrogativa de la clemencia. Este

argumento lo impresionó; se contuvo y meditó un momento. Su rostro parecía entonces menos sombrío. Después les pidió que esperasen y se retiró a su casa. Volvió luego, diciendo: "Que echen suertes para decidir la cuestión; dos de ellos serán indultados".

—¿Y echaron suertes, papá?

—No; no echaron suertes. Se negaron a

hacerlo, porque consideraron que el que

perdiese se habría condenado a sí mismo a

muerte voluntariamente, y eso sería un

suicidio, fuese como fuese. Al comunicar esta respuesta, agregaron que estaban preparados, que se podía dar cumplimiento a la sentencia.

—¿Y eso qué quiere decir, papá?

—Que... los tres iban a ser fusilados...

¡Silencio! ¿Qué es lo que oigo?.. ¿Será?.. No. .

son pasos.

—Abran... En nombre del General en Jefe.

—¡Oh! ¡Qué bueno, papá! ¡Son soldados!

¡Me gustan tanto los soldados! Déjame que

vaya a abrirles la puerta yo misma.

La niña bajó rápidamente, corrió a la puerta y la abrió, diciendo alborozada:

—¡Entren, entren! Aquí están, papá. Los

conozco bien a los granaderos.

Los hombres entraron, se alinearon

presentando las armas, y el oficial que los

mandaba saludó. El coronel correspondió al

saludo, con la cabeza alta. Su esposa, al lado de él, pálida y con las facciones trastornadas, se esforzaba por dominar su dolor, que ninguna

señal exterior dejaba adivinar. La niña

contemplaba la escena con grandes ojos

sorprendidos...

Un prolongado y silencioso abrazo del

padre, de la madre, de la hija... Eso fue todo.

Después se oyó la orden:

—¡A la Torre! ¡Media vuelta, marchen!

Entonces el coronel, rodeado por los

granaderos, salió de la casa con paso firme y nervioso. La puerta se cerró tras él.

—¡Oh, mamá! ¡Qué bien ha concluido el

cuento! Bien te lo había dicho yo; y ahora se van a la Torre, y papá verá a los coroneles, y...

—¡Ah! ¡Ven a mis brazos, pobre inocente

criatura!...

II

Al día siguiente, la madre, quebrantada por

la emoción, no pudo levantarse; los médicos y enfermeras que rodeaban su lecho,

cuchicheaban de tiempo en tiempo, bajando la voz todo lo posible. Se prohibió a Abby el acceso a la habitación, explicándosele que su madre estaba enferma; la mandaron a la puerta de la calle para que se entretuviese.

Arropada

en sus abrigo de invierno, la niña salió y estuvo un rato jugando en la acera; pero,

enseguida, al pensar en su madre, se dijo que no estaría bien hecho dejar que su padre

ignorase lo que estaba pasando en la casa.

Había que ir a la Torre y darle noticias de lo que ocurría. ¿Por qué no iría ella misma?

Una hora más tarde, el Consejo de Guerra

volvía a reunirse en presencia del General en Jefe. Este estaba tieso y hosco, con las manos crispadas sobre la mesa; e hizo ademán de que se podía hablar. El relator dijo entonces:

—Les hemos rogado empeñosamente que reflexionen; hemos insistido en esto a todo trance, pero ellos no ceden. No quieren absolutamente echar suertes. Prefieren morir.

La fisonomía del Protector se obscureció, pero sus labios no se movieron. Después de un momento de meditación, habló:

—No morirán los tres. La suerte se encargará de decidir por ellos.

Los presentes sintieron una impresión de alivio al oír estas palabras.

—Háganles entrar: que se coloquen uno al lado del otro con la cara contra la pared y las manos a la espalda. Y avísenme cuando estén listos.

Al quedarse solo, el Protector se sentó, y momentos después dio una orden a uno de los guardias: "Haga entrar aquí a la primera criatura que pase por la calle".

El hombre volvió enseguida, trayendo de la mano a... Abby cuyas ropas estaban ligeramente cubiertas de nieve. La niña se acercó resueltamente al Lord Protector, ese personaje formidable cuyo solo nombre hacía temblar las ciudades y a los grandes de la tierra, y, sin vacilar, se trepó sobre sus rodillas, y le dijo:

—Yo lo conozco a usted, señor; usted es el

General en Jefe. Lo he visto cuando pasaba por delante de mi casa. Todo el mundo tiene miedo de usted, pero yo no, porque usted no parecía enfadado cuando me miró. ¿Se acuerda?

Una sonrisa se dibujó sobre las facciones severas del Protector, que trató de salir

diestramente del paso respondiendo:

—Sí, querida... Es muy posible... pero...

La niña le interrumpió con un reproche:

—Dígame francamente que se ha olvidado.

Sin embargo, yo me acuerdo siempre.

—Bueno, sí. Pero te prometo que no te

volveré a olvidar, queridita; te doy mi palabra de honor. Me perdonarás por esta vez ¿no es

cierto? Pídeme lo que quieras.

—Sí, le perdono. Pero no sé cómo ha

podido olvidar usted todo eso; debe usted tener muy poca memoria; yo también, a veces, no tengo memoria.

En ese momento se oyó un ruido cada vez

más cercano, como el paso de una partida de

soldados en marcha.

—¡Soldados, soldados! Yo quiero verlos!

—Los verás, hija mía; pero espera un

momento, tengo que pedirte una cosa.

Entró un oficial, que saludó y dijo:

—Grandeza, allí están.

Volvió a saludar y se retiró.

El Lord Protector dio entonces a Abby tres

pequeños discos de cera, dos blancos y uno rojo. Este último iba a condenar a muerte al coronel que lo recibiera.

—¡Oh! ¡Qué bonito es éste, el ro. !. ¿Son para mí?

—No, hija mía; son para otras personas.

Alza la punta de esa cortina, y verás detrás una puerta abierta. Entra por ella y encontrarás tres hombres en línea, de cara contra la pared y con las manos a la espalda. Esas manos están

abiertas, para recibir estos discos; pon uno de estos discos en cada una de ellas. Después,

vuelve aquí.

Abby desapareció detrás de la cortina, y el

Protector se quedó solo. Con expresión

satisfecha se dijo entonces a sí mismo: "En mi alma y conciencia, esta buena idea acaba de

serme inspirada por Ese que no niega nunca su apoyo a los que acuden a El en los casos

difíciles".

La niña dejó caer la cortina detrás de ella y se detuvo un momento a contemplar la escena

del Tribunal: miró atentamente a los soldados y a los prisioneros.

—¡Pero aquí hay uno que es papá! —

Exclamó—. Lo conozco aunque esté de espaldas. A él le daré el disco más bonito.

Se adelantó con paso resuelto, puso los discos en las manos abiertas, y después, mirando a su padre por debajo del brazo de

éste, le gritó con voz radiante de alegría:

—¡Papá, papá! ¡Mira, pues, lo que te he

dado! ¡Yo soy quien te lo ha dado!

El coronel miró el disco fatal, y, cayendo de rodillas, estrechó a su inocente verdugo contra su corazón, loco de dolor y de amor...

Los soldados, los oficiales y los prisioneros ya libres, todos se quedaron paralizados ante la intensidad de esta tragedia; la terrible escena les partía el corazón, y sus ojos se llenaron de lágrimas... Lloraron sin falsa vergüenza.

Reinaba un silencio profundo y solemne; el oficial de guardia se levantó visiblemente

conmovido, y, tocando el hombro al

sentenciado, le dijo con dulzura:

—Mi misión es muy penosa, señor, pero mi deber exige...

—¿Exige qué? —Preguntó la niña.

—Exige que me lo lleve. Lo siento mucho.

—¿Que se lo lleve adónde?

—A... a... a otra parte de la fortaleza.

—¡Oh, no! ¡Eso no puede ser, porque mamá

está muy enferma y papá tiene que ir ahora a casa! Abby se precipitó hacia su padre y le tomó las manos:

—Vamos, papá. Vamos, yo estoy ya

preparada.

—Mi pobre hija, no puedo.. Tengo que

seguirlos...

La niña echó a su alrededor una mirada de

sorpresa. Después fue a plantarse delante del oficial, y, asentando el pie en el suelo con

indignación, le dijo:

—Le repito que mamá está enferma.

—¡Ah, pobrecita!... Bien quisiera hacerlo,

pero tengo que llevármelo. ¡Atención, guardias!

¡Presenten armas!

Abby había desaparecido veloz como un

relámpago. Un instante después volvía,

trayendo al General en Jefe de la mano. Ante este dramático espectáculo, todos se

estremecieron; los oficiales saludaron en tanto que los soldados presentaban sus armas.

—Dícales que lo dejen. Mamá está enferma

y papá tiene que ir a verla. Yo se lo he dicho, pero a mí no quieren hacerme caso. Y van a

llevárselo.

El General se había quedado inmóvil,
paralizado.

—¿Tu papá, hija mía? ¿Es ése tu papá?

—¡Es cierto! ¡Siempre ha sido mi papá! ¡Por

eso le he dado a él el disco más bonito, el disco rojo! ¿Se lo iba a dar acaso a otro? ¡Ah, no!

Una expresión dolorosa contrajo las
facciones del Protector, que exclamó:

—¡Dios me favorezca! El espíritu del mal
acaba de hacerme cometer el crimen más
horrible de que un hombre puede ser
culpable... Y no tiene remedio... no tiene
remedio... ¿Qué hacer?

Abby gemía y lloraba ya de impaciencia:

—Lo único que tiene que hacer es dejar que
papá se vaya. —Y sollozando agregó:

—Ordéneles que lo dejen. Me ha dicho

usted que podía pedirle cualquier cosa, y ahora que le pido esto me lo niega.

Un relámpago de ternura iluminó el
semblante duro y seco del General, que puso

una mano sobre la cabeza de su pequeño

tirano, diciendo:

—¡Alabado sea Dios por esa promesa fortuita

que hice!... Y, después de El, tú también, criatura incomparable, que acabas de recordarme mi compromiso. Oficial, hay que obedecer a esta niña. Sus órdenes son mías. El coronel queda indultado. Póngalo en libertad.

Document Outline

- I
 - I
 - II